

## ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE HUMANO

MAURICIO SWADESH

Durante más de cincuenta años ha prevalecido entre los científicos lingüistas la convicción de que es imposible saber el origen del lenguaje humano. Por un lado se tienen los simples gritos de los animales inferiores, por el otro los símbolos articulados de los hombres. Según se ha creído éstos reemplazaron a aquéllos entre nuestra especie en un tiempo tan remoto de la prehistoria que no puede conocerse, ni directamente, ni por las técnicas de la reconstrucción lingüística. Según un concepto muy generalizado los ensayos para explicar este fenómeno en el siglo pasado eran vanos, a veces tontos y en el mejor de los casos meras especulaciones que nunca nadie podría comprobar.

*Si somos ciegos*

Según se pensaba, los que trataban de entender los hechos lingüísticos de un tiempo tan remoto eran como los siete ciegos que, en la fábula fueron a conocer el elefante. Los dos más altos tocaron, uno la frente y otro la oreja y concluyeron que ese animal era como una piedra y como una hoja de palma. Los más bajos palparon una pierna y el vientre, por lo que equipararon el elefante a un tronco y a una pared. Los medianos tocaron con la cola, los colmillos y la trompa, y declararon que se trataba de una reata, una lanza y una gran culebra respectivamente. Hubo toda una discusión entre los siete, pero no era nada en comparación al gran revuelo que sobrevino cuando regresaron al palacio de los sabios ciegos, en donde tuvieron que escuchar grandes críticas y demandas. Unos dijeron que eran charlatanes, otros que eran unos tontos. Poco tiempo después se publicaron en letra Braille varios ensayos y obras mayores que llevaban títulos como "Las siete doctrinas falsas de la elefantología", "El mítico elefante", y la

“Imposibilidad de conocer al elefante”. Con razón nadie en medio siglo, se atrevió volver a disertar sobre este animal.

Uno podría pensar que los adelantos en la Geología, la Arqueología, Biología y Cibernética, tanto como en la misma Lingüística, darían nuevas posibilidades de entender este problema, y en efecto algunos lingüistas hoy día vuelven cautelosamente al mismo, pero todavía no han desaparecido los temores y sospechas. Por ejemplo, el lingüista Hockett, en colaboración con el biólogo Ascher, publicó recientemente un estudio sobre “La Revolución Humana” (*The Human Revolution*) en la revista *Current Anthropology*. Entre los comentarios que acompañan al artículo, se halla uno de otro perito en el mismo campo, Trager, quien dice: “. . . me parece que la discusión, en términos evolucionistas, de los posibles modos en que el lenguaje surgió es inútil y sin relevancia. . . Cómo la primera lengua fue inventada. . . no se sabe, y quizás es imposible saberlo.”

Es notable que Hockett, un reconocido perito en las técnicas de reconstrucción lingüística, no las emplee en el trabajo referido sino que se limita a los términos de los biólogos quienes, por cierto, se inspiraron hace tiempo en el trabajo de los lingüistas comparatistas del siglo pasado, como el mismo Darwin expresa en: *El origen de las especies*, pero no toman en cuenta los datos específicos de las hablas humanas. Si un hombre como Hockett no recurre a la reconstrucción netamente lingüística, debe ser sólo porque acepta la desvinculación histórica entre el comienzo del lenguaje y sus formas recientes. En cambio, sugerimos que quizá no sea así, y exponemos en seguida nuestras razones.

La idea que prevalece entre los lingüistas es evidentemente reacción contra algunos conceptos exagerados que se tenían antaño. Así, en el siglo pasado, se albergaba la esperanza de descubrir lenguas medio evolucionadas entre los pueblos más primitivos del mundo actual. En ciertos casos los cuentos de viajeros habían pintado a tribus tan retrasadas que no podían entenderse sin ayuda de gestos, de modo que en la noche tenían que acercarse a la lumbre para conversar. Sin embargo, la investigación cuidadosa desmintió este cuadro, resultando que aquellos grupos, como todos nosotros, empleaban gestos en su oportunidad, pero podían comunicarse sin ellos cuando había necesidad. Si bien faltaban en algunas lenguas los vocablos

correspondientes a determinados artefactos o procedimientos todavía desconocidos por los hablantes, eran de todos modos completamente capaces de formar nuevas expresiones a base de elementos lingüísticos nativos o bien, de asimilar voces de otros idiomas hasta satisfacer las nuevas necesidades. Las causas del retraso técnico y cultural se relacionan con el aislamiento y otros factores transitorios, y no con la falta de capacidad mental de las personas, ni con ningún defecto básico en su idioma.

También en el pasado se pensaba que las distintas estructuras lingüísticas reflejaban diferentes etapas de su evolución. Se suponía que las lenguas aislantes conservaban el tipo inicial; que las aglutinativas representaban un estado más avanzado, y que la inflexión era la forma más perfecta. Sin embargo, los estudios concretos acabaron por destruir este concepto. Por una parte se hizo evidente que lenguas de diferentes estructuras tienen esencialmente iguales capacidades de expresión, y que ningún tipo es propiedad exclusiva de las civilizaciones avanzadas. Además, se estableció que el chino, que siempre se había tomado como ejemplo clásico de lengua aislante, en un tiempo usaba prefijos y sufijos inflectivos. En otros casos también se comprobó que a veces las lenguas modifican sus construcciones, pasando de uno a otro de los tipos referidos.

En otro aspecto hubo también una modificación en los conceptos del cambio lingüístico. En el siglo XIX, cuando se establecieron técnicas para inferir los detalles de las lenguas en tiempos pretéritos, se suponía que se estaba conociendo el lenguaje primitivo. Se pensaba que los sonidos de las lenguas reconstruidas deben haber sido vacilantes e indefinidos y que los significados eran todos muy vagos. Más tarde se encontraron, en varios casos particulares, claras evidencias de que los fonemas eran definidos como los de la actualidad. Tampoco los significados habrán sido más vacilantes que los de las lenguas modernas.

Estos acontecimientos llevaron a los lingüistas a un punto de vista opuesto al anterior: que todas las lenguas de la actualidad, de la historia y de los periodos reconstruibles por la lingüística comparada, difieren sólo en sus detalles pero en ninguna característica esencial.

Además, se comenzó a pensar que esta situación ha existido desde hace tiempo. Luego, al ponderar la enorme laguna que separa la gritería animal del lenguaje articulado del hombre,

algunos cayeron en el pesimismo de estimar que el paso del uno al otro era un misterio impenetrable. La esperanza que algunos estudiosos nuevamente albergan ahora es resultado de varios nuevos factores. Por una parte hay razones para pensar que la evolución del lenguaje, tal como lo conocemos no se remonta al amanecer del hombre. Segundo, parece que las técnicas de la reconstrucción son capaces de penetrar el pasado en un grado mucho mayor de lo hasta ahora pensado. Tercero, el estudio del comportamiento de los animales ha descubierto importantes semejanzas al del hombre.

### *Periodos del lenguaje*

El lenguaje es un instrumento de comunicación entre los hombres. Tal como lo conocemos es demasiado complicado para que sea manejado por cualquier otra especie. En esto es igual a buena parte de los instrumentos y técnicas de trabajo empleados por nuestra especie. Ya que las lenguas antes del invento de la escritura no podían dejar rastro de sí en la tierra, es conveniente buscar una luz indirecta, considerando su utilización de los artefactos de piedra y hueso. A través de ellos vemos que el hombre comenzó a progresar de manera muy lenta, pero que más tarde cobró mayor rapidez. Como lo expresa Comas (*Introducción a la Prehistoria General*, 1962, p. 73):

Cronológicamente y de manera aproximada puede decirse que al Paleolítico inferior le corresponde el 75% de la totalidad de los tiempos prehistóricos, al Paleolítico medio el 20% y al Paleolítico superior unos 30 a 40,000 años, apenas el 4% del millón adjudicado al Cuaternario. Los 10,000 años calculados desde que se inició el Mesolítico hasta nuestros días muestra el vertiginoso ritmo de aceleración que ha sufrido la Humanidad en su proceso de evolución cultural.

Se supone que el hombre usaba piedras y palos mucho antes de adquirir las técnicas de formarlos para sus necesidades. Si tomamos 1.750,000 años como la edad total del hombre, resulta que durante el primer millón usó los objetos total, o principalmente, en su forma natural. Para este tiempo, hemos de suponer que su uso de los gritos vocales fue ya bastante más eficaz que los de las demás especies animales, pero sin ninguna modificación importante.

Los restos craneales de los primeros tiempos, que permiten hasta cierto punto inferir la capacidad mental del hombre, confirman su lento desarrollo. El Pitecantropo tenía un volumen del cerebro bastante más grande que el de los simios, pero todavía lejos del de *homo sapiens*. Es posible que los más excepcionales individuos de aquel entonces podrían haber manejado en forma elemental un idioma moderno, si hubiera habido quién se lo enseñara, pero todavía no había llegado el momento en que tal lengua pudiera ser aprendida por los tiernos bebés ni servir como instrumento de toda la sociedad.

De algún modo el desarrollo del lenguaje tenía que ser semejante al de la capacidad de fabricar y utilizar los implementos. Sin poder comprobar los periodos detalladamente, es correcto pensar en grandes etapas del desarrollo y bien podríamos hablar de un paleoglótico, quizá hasta con divisiones en inferior, medio y superior, y del neoglótico. Siguiendo la analogía, se añade al idioma hablado la escritura, comenzando entonces la edad gráfica. Más tarde vienen los periodos mecánico, o sea la tipografía y la máquina de escribir, luego eléctrico, con el telégrafo y otros aparatos, y por fin el electrónico.

Utilizando términos sacados de esta analogía, diríamos que los lingüistas hasta ahora no conocen idiomas anteriores al neoglótico. Por otra parte, al considerar la grafía y demás artificios como meras copias del lenguaje hablado o bien como algo que deja de ser lenguaje, algunos no ven los últimos progresos como una continuación de la evolución del lenguaje, y pierden de vista la analogía que tiene con el desarrollo de la industria. Por eso, les falta apreciar que la lengua podría haber tenido una época anterior al estado actual, o sea el paleoglótico, que representaba la mayor parte del tiempo del lenguaje. Una vez que nos damos cuenta de esto, surge la posibilidad de deducir lógicamente los pasos de la evolución lingüística. Si hubiera modo de reconstruir el lenguaje de hace 20,000 o 30,000 años, sabríamos las características típicas del lenguaje pregráfico. Además, ya que los cambios eran más lentos en el pasado, eso nos llevaría cerca del paleoglótico superior, y, comparando el lenguaje de entonces con el comportamiento vocal-comunicativo de los animales sería posible conocer las condiciones del amanecer del habla humana.

Lo que proponemos va en contra del juicio de algunos peritos en la lingüística comparativa, quienes insistirían que es impo-

sible penetrar más de 5,000 a 10,000 años en el pasado mediante las técnicas de la reconstrucción. Otros sí aceptarían la posibilidad de aumentar bastante más la penetración, aunque quizá no se convencerían de que fuera suficiente para esclarecer la evolución del lenguaje. Aun si fueran pocos los que albergan la esperanza de hacer reconstrucciones a una profundidad temporal de unos 50,000 años, sería de todos modos justificado intentarlo. Aparte de las futuras posibilidades de lograr en detalle reconstrucciones de lenguas muy antiguas mediante enormes esfuerzos de investigación por parte de muchos hombres de ciencia, es posible que ya existan datos preliminares suficientes para dar una idea clara de muchos de los hechos esenciales. Esto lo esbozamos más adelante. Antes de abordar el tema, examinemos las dificultades que acompañan a la tarea.

La reconstrucción de la prehistoria lingüística siempre se basa en el conocimiento de dos o más lenguas cuyos elementos significativos, raíces y afijos, y sus procederes de variar y combinarlos se asemejan de tal modo que sólo pueden provenir del origen común. Se conocen históricamente buen número de casos de idiomas actualmente distintos que antes eran idénticos, como es el caso de las lenguas romances, productos modernos del latín antiguo y que se diferenciaron de él sólo por cambios lentos a través de los siglos. Los lingüistas se valen del conocimiento de las leyes del cambio para inferir cuándo y cómo las hablas afines divergieron y para restablecer en detalle, aproximadamente, cuáles elementos se usaban y cuáles significados tenían éstos en el periodo común. Ahora bien, lo correcto de la reconstrucción depende en buena parte de qué tan adecuado sea nuestro conocimiento de las leyes de desarrollo. Cualquier insuficiencia a este respecto puede debilitar el alcance de sus esfuerzos. La suposición, que actualmente prevalece entre los lingüistas, de que las lenguas de antaño eran esencialmente como las de hoy, puede fácilmente tergiversar cualquier reconstrucción en la que el idioma anterior todavía guardara algún rasgo de índole distinta, ausente o poco común en lenguas actuales.

Por otra parte, no todos los rasgos de un idioma son de gran frecuencia, y es posible que algunos no dejen abundantes restos para permitir su reconstrucción. En efecto, la historia de la lingüística comparada está llena de casos en que ciertos datos pasaban desapercibidos al principio, pero que posteriormente fueron reconocidos y tomados en cuenta. Sin embargo, todavía

no se emplean técnicas sistemáticas para encontrar estos defectos, y por tanto queda borrosa la imagen de los estados anteriores de las lenguas que se han reconstruido y se dificulta la penetración más profunda del pasado.

En general el obstáculo al progreso en la reconstrucción antigua se forma por los conceptos demasiado rígidos de algunos investigadores de lo que se puede y no se puede alcanzar. Se ha caído en la tendencia de menospreciar la exploración y de aborrecer lo lejano. El inevitable efecto de esto es no sólo cerrar los ojos hacia lo antiguo sino también perder la perspectiva para entender debidamente lo reciente. Para ganar perspectiva en cuanto a las épocas remotas, precisa intentar un análisis de los rasgos que caracterizan las lenguas en el periodo más reciente.

### *Lenguas de civilización*

Para apreciar cuál es la naturaleza de las lenguas de las grandes culturas de hoy, las podemos cotejar entre sí, buscando rasgos comunes, o bien contrastarlas con las de culturas simples, todavía existentes. Queremos, pues, saber las cualidades que estén presentes en el español, inglés, ruso, árabe, chino y japonés, y que falten en el caribe, esquimal y australiano.

El rasgo más notable de las lenguas de civilización es el enorme léxico. Es difícil saber cuántas unidades léxicas hay, ya que los diccionarios las entremezclan con detalles de ortografía, de inflexión y de sintaxis, pero es seguro que se cuentan por cientos de miles. Además aumentan constantemente a raíz de los descubrimientos e inventos de la ciencia y de la tecnología. El léxico de cada lengua es un conjunto de vocabularios correspondientes a la vida común y a cada una de las especializaciones que, por cierto, coinciden en parte pero que tienen muchas diferencias.

Muy notable es el grado en que las lenguas de civilización usan términos técnicos iguales. Con cierta facilidad las palabras pasan de un idioma a otro, y es bastante generalizado emplear elementos del latín y griego clásicos para formar nuevos términos. Mediante el préstamo de uno al otro y la toma de expresiones de fuentes comunes, los vocabularios de civilización se van acercando. Sin embargo, los vocabularios básicos son poco afectados, por lo que parece muy improbable que las lenguas lleguen a la identidad por el simple presta-

mo. Tampoco las estructuras cambian radicalmente. Sólo se nota cierta mezcla estructural, ya que a veces los préstamos traen consigo la formación greco-latina o de las lenguas modernas de las que provienen. Por ejemplo, en español palabras como *futbol*, *beisbol*, *volibol* usan el orden inglés de composición. Además, las irregularidades de inflexión se evitan con las voces foráneas; es concebible que la introducción de muchas nuevas palabras de inflexión regular influya hasta sobre la construcción del mismo vocabulario básico y que a la postre se nivele la gran mayoría de los paradigmas. Quizás a semejante causa se deba la reducción en el número de verbos irregulares en español y en inglés.

Una característica notable de las lenguas de civilización es que muchos lexemas son largos. Esto presenta un contraste notable con los idiomas simples. Por ejemplo es una lengua como el huave, la gran mayoría de las voces, aparte de la inflexión, son de tres o cuatro fonemas; en número limitado existen compuestos de dos elementos, raras veces de más. En las lenguas de cultura moderna todavía existen algunas palabras cortas, pero los grandes diccionarios están llenos en su mayor parte de palabras largas. Además, en el idioma de cultura simple, las voces de mayor extensión generalmente son fácilmente analizables en elementos constitutivos, pero en español e inglés existen una gran cantidad de voces cuya etimología se sabe sólo por un estudio especializado. Muchas veces, tenemos varias palabras derivadas de un solo elemento latino, que, además de la forma histórica española, han vuelto a entrar al idioma actual por distintos lados, de las lenguas hermanas o directamente del tipo clásico. Pueden ser lo suficientemente similares como para permitir ver cierta semejanza, como *cabeza*, *cabo*, *chef*, *jefe*, *caudillo*, *caudal*, *capital*, *capítulo*, derivados de latín *caput* "cabeza"; o bien, pueden tener un aspecto bastante distinto, como *heñir*, *figuir*, *ficción*, *finta*, *efigie*, derivados del latín *ingere* "amasar, modelar, representar". Las propiedades de longitud y de desligamiento desde luego son productos de la multiplicación del vocabulario y las condiciones de intercomunicación modernas. Tener tantas voces distintas es posible solamente si son largas, y es fácil obtener muchas de ellas por el préstamo. En condiciones primitivas, no se necesitan tantos lexemas y el aflujo de los nuevos es tan lento que se pueden asimilar a las normas fonéticas y a las inflexiones del idioma que los adopta.

Fenómeno especialmente notable en las lenguas de civilización es el enorme inventario de los nombres propios. Además de tipos antiguos, como los personales, toponímicos, gentilicios, astronómicos y divinos, ahora los hay de sociedades, de empresas, de casas, de salas, de instituciones, además marcas, series y modelos de productos, luego de épocas, de expediciones científicas, de operaciones militares, de libros y artículos, de revistas, etcétera. Una buena proporción de los nombres consiste en construcciones sintácticas que incluyen la designación de la clase de cosas de que se trata y otros detalles descriptivos, por ejemplo Universidad Nacional Autónoma de México, y en otros se valen de números y signos alfabéticos, como fórmula 106 o Aula B. También tenemos los nombres abreviados formados por sílabas o siglas. Estos casos no impiden que otros muchos nombres carecen de cualquier indicio de lo que designan, así las toponimias como Londres, París, México, o los nombres personales, como Refugio o Rosario, que ni siquiera distinguen el sexo. En todo esto tenemos otra manifestación más del enorme crecimiento del vocabulario. Además de la cuantía de los nombres propios, existe una importante diferencia en su semántica, ya que antiguamente se formaban, con muy pocas excepciones, de palabras comunes, por ejemplo nombres de animales o de virtudes para los hombres, expresiones descriptivas para los lugares. Hoy se valen de muchos vocablos foráneos —hebreos, germanos y clásicos— que tenían sentido para los que los empleaban antiguamente, pero no lo tienen para los que actualmente los llevan. No sólo los nombres se han separado en grado notable del vocabulario común, sino que, a su vez, han vuelto a enriquecerlo. Así tenemos ya muchos nombres comunes que provienen del nombre del inventor, del lugar de fabricación o de una marca comercial.

Es evidente el papel de la escritura en el funcionamiento de las lenguas de civilización. El vocabulario especializado y los nombres propios se aprenden, junto con los conceptos correspondientes, por la lectura o por los medios educativos, ayudados por los libros. Los profesionales y la gente culta se valen sistemáticamente de diccionarios, enciclopedias, manuales, directorios, índices y catálogos para aprender o para recordar las voces y su significado. Mas, en tiempos clásicos, fue a base de la escritura que comenzaron a multiplicarse los elementos del léxico. Así como los asirios mantuvieron el

recuerdo del sumerio como lengua sagrada muchos siglos después de su extinción en el uso popular, asimismo las naciones del sureste de Asia han seguido el culto del sánscrito y los europeos el del latín. De esta manera, la reverencia a lenguas pasadas o lejanas, por razones de religión o de sabiduría, da la base para la multiplicación de los lexemas en una forma radicalmente avanzada sobre el bilingüismo limitado de las sociedades primitivas.

Como un pequeño remanso en el arrastré de las lenguas modernas, se encuentran las jergas criollas de los últimos siglos. Se trata de idiomas simplificados que han surgido entre comerciantes marítimos y sus clientes, entre capitanes de barco y los marineros de distintas tribus, entre capataces y esclavos o peones. De igual modo han servido entre las clases inferiores para comunicarse entre sí en las situaciones en que tenían distintas lenguas nativas. La primera jerga de este tipo que conocemos en la historia es el *sabir* o *lengua franca* usado en las costas del Mediterráneo en los primeros siglos de esta era. Otras aparecen en los siglos XVIII y XIX, relacionadas principalmente con la expansión del comercio europeo y de su colonización en varias partes del mundo. Actualmente están en descenso. Es decir, la mayor parte van siendo eliminadas; en uno que otro caso, habiendo llegado a tener una importancia política, van recibiendo elementos de otros idiomas en grandes cantidades, de modo que se convierten en lenguas de civilización. En otras palabras, en los casos en que sobreviven estas hablas, es a base de dejar de ser jergas.

Al considerar la enorme cuantía de los lexemas en cualquier lengua de civilización, es importante tener en cuenta que involucra una cantidad bastante inferior de elementos, que no pasan de unos 30,000, aparte de nombres propios. Es decir, muchos de los lexemas están compuestos de partes que también se encuentran en forma independiente o bien en otras combinaciones. Este hecho probablemente tiene una gran importancia psicológica, ya que es más fácil aprender cien palabras compuestas de diez elementos en diferentes combinaciones que igual número de voces completamente distintas. Asimismo, la gran coincidencia de nombres comunes y aún más de nombres propios entre las diferentes lenguas de civilización implica cierta facilidad para quienes tienen que ser bilingües o políglotas. Por tanto, hay parte de verdad en aquella broma del gran conocedor de lenguas que protestaba por

los encomios que recibía, aclarando que sólo las primeras cincuenta eran difíciles de aprender.

Otro fenómeno esencial de las lenguas de civilización es que no dejan de ser a la vez lenguas de familia. El niño empieza comunicándose con sus padres y hermanos usando sólo unas cuantas expresiones y en los primeros años ni siquiera alcanza el vocabulario de las lenguas correspondientes a culturas simples. Además las sociedades modernas no requieren que todo hombre posea el léxico completo. Existe una división por especialidad, y fuera de ella se permite que cada individuo amplie más o menos sus conocimientos de cosas y de palabras según su interés y capacidad. Sin embargo, como base de toda la estructura mayor, hay otra más simple, que es propiedad de todos y que no es muy distinta de la que existía antes de la civilización moderna.

### *La época reciente*

Consideremos ahora los antecedentes del presente en la vida del lenguaje. Conviene dirigir nuestra atención brevemente al periodo clásico tal como se presenta en distintas partes del mundo, como Roma, Grecia, Egipto, Babilonia, India, China y, con rasgos muy semejantes aunque conocidos sólo en tiempo más tardío, en México, Yucatán y Perú. En el amanecer de la ciencia, encontramos idiomas basados en las observaciones y creencias del pueblo. Se reconocen los fenómenos de la naturaleza, interpretándolos de acuerdo con una variedad de criterios. Cada cosa tiene su nombre y muchas veces varios, basados en las distintas cualidades que se le atribuyen. Se reconoce que el sol, el viento y la lluvia, pueden ser buenos o malos, y se les atribuyen impulsos contradictorios, como los de los mismos hombres. Los títulos de los dioses y los nombres que se dan a animales y objetos, por regla no son arbitrarios, sino que cada uno lleva un sentido. Por ejemplo el viento se llama sopro, cantante, vago, frío o cálido, fuerte. El vocabulario es rico y lleno de poesía. Sin embargo todo se construye con un número limitado de elementos, que en los primeros tiempos, según parece, no pasaban de uno o dos mil, entre nombres comunes y propios, verbos y todo lo demás. En efecto, los mismos elementos, cambiando sólo la desinencia, funcionan como nombres o verbos; sin cambio o compuestos, sirven de antroponimias, toponimias, teonimias, astronimias.

La multiplicidad de las designaciones ya en esos tiempos era causa del constante cambio semántico. Cuando por las técnicas de la comparación, los lingüistas tratan de recapturar la historia de las palabras, es fácil perderse. Quizá ven miles de cambios y ninguna tendencia general, que pudiera definir las etapas de la evolución. La llave para abrir la puerta del pasado quizá está más en la forma, o sea en los sonidos, las inflexiones y las construcciones.

En el campo de la fonética, algunos han pensado ver la eliminación de los sonidos posteriores dentro de la boca, como la *k* post-velar, y hasta han sugerido una causa fisiológica: la posición erguida del hombre, que sigue alargando la cara y acortando la cabeza, y que así, indirectamente, reduce la longitud del paladar. Sin embargo, durante el tiempo en que este cambio se ha estado formando, la finura de los músculos y de la agudeza de la percepción también han podido aumentar. En efecto, los hombres modernos no tienen dificultad en adquirir los sonidos referidos; por ejemplo, quienes hablan árabe y esquimal los dominan perfectamente. Si buen número de lenguas han eliminado los velares posteriores, sin duda es porque han perdido la necesidad de emplearlos. Precisa buscar alguna causa que podría haber llevado a esta condición.

Ciertos idiomas, por ejemplo, el chinuc de Norteamérica y el totonaco de México, alternan entre los dos tipos de *k* para expresar el diminutivo y el aumentativo y para marcar otras diferencias en la inflexión. En otras lenguas se descubren ejemplos esporádicos de lo mismo. Algunos estudiosos han sugerido que estos casos reflejan un simbolismo psicológico y podría haber surgido en cualquier época. Sin embargo, justamente porque se trata de una tendencia muy natural en el hombre, no hay que pensar que solamente en los tiempos más recientes se hubiera llegado a emplearlas en el lenguaje. Al contrario, es perfectamente probable que éste ha sido muy generalizado antiguamente. Actualmente la mayor parte de las lenguas expresan estos conceptos mediante voces independientes o afijos. Es decir, en lugar de emplear una inflexión interna, se valen de una externa o bien una construcción sintáctica. ¿Es acaso posible que esto represente una manifestación de la evolución lingüística? Hemos venido estudiando esta hipótesis durante varios años y las evidencias parecen cada vez más fuertes.

La diferencia entre pronunciación anterior y posterior dentro de la boca puede presentarse no sólo con los sonidos velares. También la hay entre los dentales y, en efecto, tenemos en español lo que parece ser otro resto de la misma alternancia, a saber, la sustitución de *r* por *l* en los nombres cariñosos, como *Federico-Lico*, *María-Mali*, *Dolores-Lola*. Otro tanto pasa en inglés, como en *Harold-Hal*, *Sara-Sally*, *Mary-Molly*. Como no conocemos nada exactamente igual en latín, es posible que el uso proceda del germano junto con el buen número de nombres personales adquiridos alrededor del siglo v: *Federico*, *Ricardo*, *Alberto*, *Alfonso*, etcétera. Por otra parte, el latín tenía *l* como marca del diminutivo, aunque fue en forma de sufijo, como en *parvulus*, "chiquito". Manifestaciones del simbolismo de la *l* se encuentra en buen número de lenguas, en las que no siempre es netamente diminutiva, sino que indica también lo flexible, lo ligero, lo elusivo. Aunque la *l* y la *r* no difieren solamente por la posición del contacto, sino también por la extensión lateral de la lengua, sin embargo es principalmente en referencia al contacto anterior que se asemejan a los fenómenos comparables en otras lenguas, como la *ts* en contraste con *ch* en chinuc y totonaco. Esta variación puede llamarse la alternancia horizontal.

Otro tipo de modificación interna es la que afecta a las vocales. Hasta hoy en día existen algunos casos de alternancia significativa en inglés, por ejemplo *I sit* "me siento", *I sat* "me senté", o sea que la vocal anterior expresa presente, la posterior, el pasado. Se sabe que éstos son restos de un uso pretérito más externo. Todavía existían muchos restos en griego clásico, y estaba en plena operación en el periodo común del indoeuropeo. En muchas lenguas se halla la variación de las vocales en los demostrativos, con implicación de distancia: anterior para "este", posterior para "aquél". En ciertas lenguas de la familia tungús, se distinguen los géneros masculino y femenino por medio de semejante alternancia. En varios idiomas, la diferencia vocálica expresa voz verbal y los participios. En algunos, hay implicaciones de forma, empleándose *i* para cosas puntiagudas, *u* para redondas y *a* para planas.

En las consonantes se ha observado también la variación del tipo de contacto, proceso que se puede ilustrar con unos ejemplos esporádicos del latín, a saber *calidus* "caliente", *gelidus* "frío" o *capio* "cojo", *habeo* "retengo". Los variables fonéticos

en indoeuropeo son la sonoridad y la aspiración. En otros grupos la glotalización toma el papel de la primera, y parece que representa el tipo arcaico. En algunos casos no se cambia la consonante sino que se agrega al vocablo un cierre glotal o una aspiración (como *h* en inglés o la *j* ligera de tipo caribe).

También hay variación de fuerza articulatoria o la prolongación (geminación) del fonema. A pesar de muchas diferencias de detalle, es posible establecer unas tendencias generales: el elemento glotal se emplea para movimiento rápido o forma accidentada, aspecto perfectivo, ligereza, a veces para el diminutivo; la aspiración para acción lenta o forma nivelada, aspecto continuativo, pesantez, a veces para el aumentativo; la geminación para la intensidad o la repetición.

La repetición es evidentemente un artificio muy viejo del lenguaje que todavía se usa y que no acabará; expresa generalmente repetición de la acción o intensidad. En algunas voces, antiguas reduplicaciones han quedado como partes formalizadas de ellas. Hasta hoy existen distintas variaciones del proceso, como la parcial, la internamente variada, etcétera. Creemos que se trata de un rasgo que va y viene, pero que ha tenido su periodo principal en el pasado.

Si se acepta que alguna vez la inflexión interna se encontraba muy generalizada, con eso se delinea un movimiento largo, realizado de distinta manera en las diferentes lenguas antiguas, en el sentido de que las alternancias internas iban siendo sustituidas por partículas antepuestas o pospuestas a la raíz, o que bien se interponían dentro de ella. Tales afijos probablemente provenían de demostrativos en algunos casos, en otros eran restos de raíces mayores. Probablemente la causa fundamental de la reducción y pérdida de las inflexiones interiores era el relativo enriquecimiento de la cultura que la humanidad estaba experimentando. Esto exigía que formas antes inflectivas quedaran disponibles para expresar algunos de los nuevos conceptos; con ello se debilitaba la antigua inflexión, que tuvo que modificarse, pero la manera en que se realizó varió de lengua en lengua, tanto como el tiempo que duró la transformación. Algunos idiomas liquidaron la inflexión interna totalmente, otros mantuvieron determinadas partes de la misma. La retención parcial podría ser nada más un paso hacia la pérdida completa. De todos modos, la inflexión interna era tan rica que su eliminación dejó libre un número muy grande de formas, y no

todas fueron aprovechadas para nuevos lexemas. Esto permitió la eliminación de algunos contrastes fonémicos, otro fenómeno más que se presenta con matices muy variados en las lenguas del mundo. En las civilizaciones modernas, vuelve a existir la necesidad de mayor número de contrastes, pero la vuelta a lo antiguo ya no es posible. En lugar de utilizar mayor número de sonidos distintos, se emplean palabras más largas. En efecto, muchas de las inflexiones exteriores a su vez van cayendo en el desuso, y se aprovechan para llenar parte de las nuevas necesidades léxicas.

Un problema importante para la correcta reconstrucción es el del tamaño de la raíz antigua. Variados fenómenos en muchas lenguas llevan a la conclusión de que eran de dos tipos, menores y mayores, de una y dos consonantes respectivamente, con sus correspondientes vocales. Las menores constaban de demostrativos, y de ellos también salieron los pronombres personales, interrogativos y a veces el negativo. Hasta ahora todos estos siguen siendo con frecuencia monosílabos; cuando no lo son, puede ser por tratarse de compuestos. Las raíces mayores correspondían a nuestros verbos, nombres, adjetivos y adverbios.

Las preposiciones y semejantes elementos de relación muchas veces coinciden con adverbios, y éstos vienen de nombres o verbos. En el hebreo de la Biblia abundan las expresiones figuradas, en que "mano de" equivale a *por*, "seno de", *en*, "espalda de", *detrás*, etcétera. Aun en el español siguen en uso algunas expresiones semejantes, como *frente a*, *a pie de*, *en la punta de*, que emplean elementos nominales acompañadas de las partículas omnipresentes *a*, *de*, y *en*. Éstas ya llevan muchos siglos funcionando así; antes podrían haber sido demostrativos de lugar, o bien, formas reducidas de raíces mayores. Por ejemplo, es posible que *a*, presente en latín *ad* y *ab*, fuera una reducción de *ak* "punto", base de las palabras griegas *ak-ro-s*, *ak-me* "punta" y del latín *acer* "agudo"; las terminaciones de *a-d* y *a-b* parecen ser antiguas desinencias de dativo y ablativo.

En ocasiones en que los lingüistas han intentado comparar lenguas consideradas como lejanamente emparentadas, han tropezado con datos no convincentes. En primer lugar fueron pocas las palabras parecidas en forma y sentido, y además las correspondencias fonéticas resultaron ser variadas, y por tanto parecían contrarias a la ley de la regularidad, uno de los fundamentos de la lingüística comparada. En muchos casos los inves-

tigadores abandonaron la empresa; aceptaron que las lenguas no tenían realmente parentesco y que las pocas semejanzas verosímiles eran casuales o producto del préstamo. Así se dieron por inútiles varias teorías de origen común que debían de haber llevado a la profundización de la prehistoria de las lenguas. Ahora creemos tener la aclaración del problema. Las pocas coincidencias semánticas se deben en parte al constante cambio, producto natural del uso figurado y de las múltiples designaciones de las cosas, pero aún más se explican por la absorción léxica de antiguas flexiones. Cuando funcionaban los paradigmas de alternancia, distintas formas de la misma raíz encerraban sentidos variados. Por ejemplo, si *pek* era "hueso", *pik* era "hueso puntiagudo", *puk* "redondo", *pak* "plano", *p'ik* "hueso delgado y puntiagudo", etcétera; *p'ak* podría referirse a la costilla, *phakh* a la pelvis. El elemento era igualmente nombre y verbo, así que *p'ik* significaba también "picar como con hueso puntiagudo delgado" o "dar un piquete ligero como con hueso puntiagudo". Y todos los sentidos se usaban en forma flexible, según lo usual en el lenguaje. Hoy día, *hueso* (de origen distinto al del elemento referido) no solamente implica los elementos duros del cuerpo animal, sino igualmente semilla dura de fruta, la parte dura de cualquier cosa, trabajo difícil, objeto de disputa como el hueso que cae entre varios perros, un puesto codiciado por muchos, un premio, etcétera. En tiempos antiguos cuando las lenguas de origen común iban cada una por su propio camino, podían llegar a diferir en el sentido que daban a los elementos comunes. Por lo tanto, los elementos cognados escapan a la atención del investigador por los significados muy divergentes que adoptan. Por otra parte, muchas veces las formas que corresponden relativamente bien en su significado pueden ser diferentes en su fonética, no totalmente, pero lo suficiente para confundir al comparatista desprevenido. Aún en lenguas de conocido parentesco existen estos casos y hasta en una misma lengua. Por ejemplo, en latín las palabras *pectere* "peinar" y *pax* "paz" parecen tener significados completamente distintos, y sin embargo, partiendo de la idea de "hueso" vemos que bien puede el primero ser "utilizar instrumento semejante a los huesos del pez" y "condición firme", como es el hueso, pero tomado en sentido figurado. Un ejemplo en latín de formas que son variadas pero que podrían basarse en variantes inflectivas muy antiguas es el de *capere*

“coger” y *apere* “apretar”; *cautivo* y *apto* son sus derivados en español. Problemas así de divergencia formal y semántica no estorban en nada la comprobación del parentesco cercano, ya que se puede hacer caso omiso de todos ellos y de todas maneras quedan numerosas cognadas claras para comprobar la relación. En los estudios comparativos de gran alcance es necesario aprender a utilizar cuando menos una parte de las semejanzas atenuadas. Reconocer estos factores no es, como algunos comparatistas piensan, abandonar los principios científicos. Al contrario, es conocerlos mejor y, a base de ellos, rastrear el pasado de los idiomas por el terreno difícil que produjo el paso de la flexión interna a la externa.

Hasta qué punto se podrá penetrar en los pasados milenios todavía no lo sabemos, pero no cabe duda de que, con mucho trabajo de buen número de expertos, se podrá esclarecer mucho del paleoglótico superior, digamos de hace 50,000 ó 100,000 años. Esto lo aseveramos a base de intentos parciales ya hechos. Hemos encontrado posibles cognadas abarcando muchas lenguas de América y de Eurasia, como el de “hueso” ya mencionado; aunque es todavía muy difícil fijar el sentido original. A nuestras definiciones debemos siempre añadir un “quizá”, aventurándonos en ellas para buscar cierto común denominador entre los significados que atañen a un elemento en la totalidad de las lenguas comparadas. En este sentido, con las debidas reservas, sugerimos aquí algunas posibles raíces de gran antigüedad:

*pek* “hueso, duro, golpear”

*men* “mama, blando, moverse, monte”

*ken* “palo, doblarse, cortar, atajar, arder, espíritu”

*tek* “mano, erguido, colocar, hacer”

*kem* “quijada, junto, juntarse”

*nek* “ojo, ver, luz, dentro”

*nep* “ombligo, nudo, dolor”

*ten* “tendón, nervio, tender”

*kep* “cabeza, puño, cubrir, agarrar, saber”

*pet* “pie, punta, andar”

*kek* “piedra, punta, taladrar, encender”

*tet* “diente, morder, comer”

*key* “pie, andar”

*pen* “pene, colgar, pluma, volar, llevar”

*tsen* “nariz, moco, respirar, pensar”

*tekw* “rama, frotar, barrer”

*kew* “cueva, curva, cielo, escarbar”

- kwet* "uña, garra, rascar"  
*kwey* "cola, colear, vivir, animal"  
*mek* "nalga, sentarse, tierra"  
*nem* "lengua, lamer, lámina, nombre"  
*new* "felino, amarillo, nuevo, maduro"  
*wet* "agua, gotear, sudar"  
*wen* "pelo, lana, peludo, hombre, cazar, desear".

Se puede calcular, poco más o menos, cuántas raíces existían. Los elementos demostrativos deben haber sido varios, probablemente tantos como eran las consonantes básicas, las que deducimos eran unas diez: *p t ts k kw m n y w h*. Cada una de éstas tenía sus variantes de acuerdo con lo dicho respecto a la inflexión interna. En cuanto a las raíces mayores, formadas por dos consonantes, las posibles combinaciones no eran más de 100. Posiblemente algunas combinaciones no se usaban pero, por otra parte, es probable que algunas formas, llevaran, aparte de la extensión lógica y la flexibilidad semánticas, sentidos desligados. De todas maneras el vocabulario total no pasaba de unos 200 elementos. Quizá parezca reducido este número para una especie que conocía muy bien el mundo de la naturaleza, pero no hay que olvidar que aun los animales inferiores reaccionan en forma distinta a miles de cosas de su ambiente sin tener nombre para ninguna de ellas. El hombre, que tenía que comunicarse con sus semejantes respecto a todos los animales, objetos y fuerzas de su mundo, lo lograba mediante la flexibilidad del uso, las modificaciones de sentido expresadas por la inflexión, más las combinaciones de elementos. No necesitaba nombres distintos para cada especie ya que algunos eran considerados como versiones grandes, chicas, largas, o redondas de una misma clase. También se podían distinguir por sus cualidades, por ejemplo el perro era "el comehuesos", o sencillamente "hueso", el lobo era "el lanudo", el camello era "la corcova", etcétera. Del mismo modo, los distintos árboles se llamaban grandes o chicos, rompibles, duros, productores de determinadas frutas, de leña, de corteza o resina.

Interesante problema y a la vez uno de los más difíciles de resolver es el de los demostrativos. La comparación de las lenguas recientes sugiere que se usaba buen número de ellos, que se inflexionaban más o menos como los elementos mayores. Lo que queda oscuro es en qué se distinguían sus funciones. Quizá dependía en parte, como en esquimal, del nivel del

objeto referido respecto al del hablante: por ejemplo, si más arriba, más abajo, en un mismo plano, en un nivel desconocido.

### *Panorama antiguo*

Lo que acabamos de describir es un tipo de idioma, y no una lengua específica; ni creemos que existiera sólo una hace 50 ó 100,000 años. En tiempos recientes, digamos en el siglo xvi, había unos tres mil idiomas en todo el mundo, algunos hablados por varios millones de personas, otros por centenares o veintenas, sin contar uno que otro que, estando en vías de desaparecer, sólo era conocido por unas cuantas personas. El territorio ocupado por cada lengua fluctuaba. Según se puede comprobar, no depende enteramente de factores accidentales, sino que se relaciona en gran parte con el tipo de economía del pueblo. En Norteamérica, por ejemplo, la parte central y septentrional era principalmente el habitat de pueblos cazadores. Cada lengua era usada por una escasa población que ocupaba un área muy grande para buscar sus alimentos. En la costa del Pacífico, había grupos pescadores que se sustentaban principalmente con el producto de los ríos, de las playas concheras o del mar. En estas regiones, el territorio de cada tribu tendía a ser bastante reducido. Donde se sostenía en buena parte de las cosechas, las poblaciones eran, por regla general, más concentradas. Éste es el cuadro del México antiguo excepto en el norte árido, ocupado por nómadas, y en ciertas partes del centro, sur y sureste, donde se habían establecido los grandes imperios, que difundían sus idiomas oficiales con cierta rapidez. En Sudamérica y en otras partes del mundo se notaban análogas variaciones en la población.

Proyectándonos atrás unos 50,000 años, tenemos que considerar la carencia de toda agricultura, por primitiva que fuera; por lo tanto, la concentración demográfica no podía existir. El mapa lingüístico forzosamente tendría que presentar grandes áreas de escasa población. Además existían todavía extensas regiones despobladas, incluyendo a las Américas, las regiones glaciares y algunas otras partes inaccesibles o con recursos demasiado pobres, en términos de la capacidad del hombre antiguo, para sustentar la vida.

En tal época, los artefactos todavía mostraban bastante seme-

janza entre una y otra región del mundo, pero ya se observaban algunas variaciones de detalle en ellos. Cosa semejante debe haber prevalecido respecto al lenguaje. Esto se deduce de consideraciones generales y de la reconstrucción.

En todos los tiempos conocidos históricamente hay más lenguas individualizadas que culturas notablemente distintas. Romanos y etruscos usaban las mismas herramientas para labrar la tierra, pero casi siempre diferentes palabras para designar cada una de ellas, y cosas semejantes pasan en otros tiempos y lugares. Sin embargo, las necesidades de los grupos humanos imponían la uniformidad en cierto grado. Cualquier grupo humano muy pequeño, si no crece ni se extingue, a la larga tiende a fundirse con otros. Los grandes núcleos procuran crecer mediante la absorción de los chicos.

Esto hace pensar que el mapa lingüístico de hace 50,000 años debe haber sido más o menos similar al del Canadá o del Cono Meridional de América del Sur en siglos recientes, pero eliminando cualquier influencia que pudiera ejercer la agricultura incipiente y los artefactos más eficaces para la cacería, por ejemplo el arco y flechas, el uso de pieles bien cosidas como las de los esquimales. Estimariamos que existían entonces no más de 1000 lenguas en todo el mundo; quizá sólo unas 500.

En los esfuerzos por reconstruir las lenguas antiguas, los estudios han mostrado un número cada vez menor de "protoidiomas". A una distancia de 10,000 años, podrían haber sido unos 300, pero es probable que estas entidades tuvieran parentesco entre sí. Por tanto hace 50,000 años difícilmente pasarían de 100 las lenguas que dieron origen a todas las conocidas históricamente. Además se ven posibilidades de que todos los idiomas podrían haberse originado de uno solo hace, digamos, 100,000 años.

El cuadro relativamente simple que parece ofrecer el examen reconstructivo, no puede encerrar toda la verdad, porque no toma en cuenta las lenguas desaparecidas antes de nuestros tiempos. Sin embargo, sabemos que la extensión de un habla se hace generalmente a expensas de otras, e inferimos que miles y miles de hablas se formaron sólo para desaparecer más tarde. Las lenguas que sobreviven en muchos casos son parientes cercanas de las que desplazaron, con rasgos y elementos muy parecidos. Por lo tanto, los hechos de esas lenguas de cierto modo y en

cierto grado son indirectamente conservados. En el caso de lenguas relativamente aisladas, la pérdida es más notable.

La desaparición de los idiomas periféricos representa la pérdida más seria para la reconstrucción a largo alcance, ya que se trata, según la ley de la variación regional, de los tipos extremos. Además existe precisamente una tendencia para las culturas centrales, en condiciones antiguas, de prosperar, de aumentar en población y de expandirse cultural y físicamente. En el curso de los últimos 50,000 años, las lenguas periféricas podrían haberse eliminado repetidas veces, y las sobrevivientes deben entonces representar las de las zonas medias del mundo antiguo.

### *El lenguaje intuitivo*

Hasta aquí hablamos del lenguaje articulado y convencional, para así poder apreciar algunas grandes etapas en el desarrollo de la comunicación vocal entre los hombres. Hemos omitido, y ahora tenemos que examinar, las partes relativamente intuitivas del comportamiento vocal, las que evidentemente han cambiado poco en todo este tiempo y que deben haber desempeñado un papel en el nacimiento del lenguaje formal. Se trata de los gritos y demás sonidos espontáneos que el hombre emplea desde niño y que en cierto modo comparte con otras especies. Claro que las costumbres de su sociedad modifican enormemente todas las reacciones del hombre, hasta los gritos de dolor, pero nunca llegan a transformar totalmente su comportamiento. Esto permite aislar, más o menos, lo que es intuitivo del resto formal.

Tanto en el hombre como en otros mamíferos superiores, tenemos que reconocer una gama bastante grande de gruñidos, gritos y rugidos, que pueden ser muy suaves o muy fuertes. Además, fluctúan en cuanto a la agudeza y matices de tono, y puede consistir de un solo sonido, de distintas extensiones; o repetido en distintos ritmos; también hay secuencias o cadenas de gritos variados. Las cualidades fonéticas, en términos de sonidos vocálicos y consonánticos, son diferentes para cada especie; en el hombre suelen ser más variadas que en otros animales. En las especies más avanzadas y sobre todo en el hombre se pueden distinguir distintas clases de gritos, como emotivos, expresivos, llamativos, imitativos. Cualquiera de ellos puede provocar reacciones sociales, o sea que son evocativos.

Se sabe que los animales y los hombres en sus reacciones intuitivas expresan vocalmente una extensa gama de emociones, como alegría, cariño, dolor, enojo. Sin embargo, generalmente usan un solo sonido para todos ellos; el gato, por ejemplo, tiene su sílaba característica, que se puede escribir *neu*, *ñeu*, *meu*, *eun*, etcétera, pero que en efecto es nada más que una vocal nasalizada que fluctúa al abrir y cerrar la boca. Las distintas emociones se reflejan en variaciones de volumen, de tono y de ritmo, sin modificar necesariamente el fonetismo de la sílaba. Puede haber cierta diferencia en el grado en que abre la boca, dando el efecto *ñiu*, *ñeu*, o *ñao*. Sólo con el mayor enojo, el gato deja de maullar y escupe, empleando así una especie de clic. En el lenguaje intuitivo del hombre la situación es bastante semejante. Sólo se nota más flexibilidad vocálica y se diferencian sonidos puramente nasales, orinasales y totalmente nasales (como *mm*, *nn*), variaciones que en algún grado corresponden a matices de la emoción; su gama de clics es probablemente más extensa que la de cualquier otra especie. En las vocalizaciones emotivas se trata de un solo vocablo con inflexión interna y reduplicativa de grandes extensiones.

Aunque los gritos emotivos son evocados por los sentimientos, no raras veces tienen un efecto social. El individuo expresa terror y sus compañeros se ponen alerta para descubrir la causa, atacando o huyendo según el caso. Al verse ayudado frente al peligro, el individuo tiende a formar un reflejo condicionado, gracias al cual la siguiente vez grita más pronto y más recio. Sin embargo, el peligro en determinadas condiciones le puede inhibir el grito, por ejemplo si siente un dolor en el momento en que se está escondiendo de un enemigo peligroso. Por lo tanto, los gritos emotivos no son totalmente automáticos, sino sujetos a controles. Su uso muchas veces cobra rasgos evocativos y en esto son comunicativos.

Precisa distinguir entre gritos emotivos y expresivos, los primeros evocados por una sanción específica y los últimos por un estado de ánimo. Un dolor repentino por ejemplo, puede llevar a un grito o a una secuencia que comienza fuerte y que se va suavizando. En cambio, un sentimiento de malestar o tristeza no necesariamente produce un efecto vocal. De hacerlo, origina una larga secuencia de aullidos o quejidos. Para ello es necesario que no se tema ningún ataque ni molestia. Del mismo modo el sentido de bienestar no provoca necesariamente la

vocalización, y, de hacerlo, lleva muchas veces a toda una secuencia de alaridos alegres. Entre seres gregarios, como son todos los primates, los gritos expresivos tienen comúnmente implicaciones sociales. Por ejemplo en la soledad cunde la tristeza, y los plañidos que ésta evoca pueden ser contestados a distancia por otros individuos permitiendo que el primero se junte con sus semejantes. Generalmente la reunión de los individuos, si se efectúa sin peligro y sin urgencias inmediatas, crea un estado de bienestar, que se celebra con un parloteo común, hablándose a veces al unísono, a veces en contestación mútua. Por regla general lleva cierto ritmo y se asemeja al canto en coro. En la gritería expresiva de los antropoides, existen tonos semejantes a los de la emotiva, pero difiere en la continuidad y en el ritmo. También es usual introducir contrastes de vocalismo, como por ejemplo, *jajá, jujá, jajá*. Estas variaciones son diferentes de las evocadas por matices de la emoción, porque su razón de ser es estética.

Las llamadas también se relacionan con los gritos emotivos, pero representan ciertas diferencias, en cuanto al estímulo. Algunas especies gregarias, por ejemplo los cerdos, suelen gruñir levemente cuando están comiendo en la maleza. Según parece, esto sirve para mantener el contacto del grupo. Si una madre nota la ausencia de sus crías, comienza a gruñir con más insistencia hasta que éstas llegan corriendo. Por su parte, la cría perdida se pone a chillar hasta escuchar la voz de la madre. Entre individuos maduros la reacción es menos aguda pero funciona en forma semejante. Además de mantener la cohesión del grupo, las llamadas sirven para atraer sus miembros a determinado sitio en donde algún individuo ha encontrado alimentos abundantes, o para unirlos contra un peligro. En los antropoides se encuentran tipos semejantes de comportamiento. Las llamadas expresan por su tono las implicaciones potenciales de la situación, peligro más bien que dolor, esperanza más bien que el hambre apaciguada. Son muy directamente evocativos, como se puede ver por varios hechos: si no hay ningún compañero al alcance de la voz, se omite cualquier grito; si un hallazgo de comida es de poca cuantía, el individuo come sin vocear; si se llama al grupo, los gritos cesan tan pronto como todos llegan. El volumen del sonido es débil y fuerte, en parte, según la distancia de separación. Es posible que las

vocales también reflejan la distancia usándose *i* para las cortas, *a* para medianas, *u* para lejanas.

La naturalidad de la imitación fónica en el hombre es evidente en el conocido fenómeno de la ecolalia, o sea la tendencia de repetir un sonido que se oye repentinamente, por ejemplo, cuando los niños juegan a asustar a sus compañeros, diciéndole "¡ul!" Sin embargo, no es simplemente instintivo. La imitación de sonido también se usa en la gritería expresiva y en el parloteo. Además, ha servido al hombre cazador como artificio para atraer la presa. Otro ardid usado por los hombres, aunque quizá no se encuentre en otras especies, es el grito fingido como señal secreta, o sea, por acuerdo previo, comunicarse entre sus amigos sin delatar su presencia a los enemigos. La imitación del hombre no se limita a otras especies animales; también suele copiar el aullido del viento, el movimiento del agua y el impacto de los objetos. Emplea con igual facilidad vocales, consonantes y clics.

### *El nacer del lenguaje humano*

Habiendo examinado los aspectos del lenguaje intuitivo, ya podemos volver al problema del origen del idioma puramente humano. Es indudable que ningún pre-hombre, hace 1,750,000 años estaba en condiciones de idear o inventar el habla que sus descendientes usarían más tarde, pero cualquiera de ellos hacía uso relativamente inteligente de los gritos instintivos y los empleaba socialmente. La exclamación puramente emotiva, aunque básica para todas las demás, tenía un valor relativamente limitado para el desarrollo del lenguaje. El parloteo, compuesto de gritos expresivos, daba al hombre práctica en la conversación muchos milenios antes de que llegara a la versión moderna de esta actividad. Las partes del comportamiento vocal que más tenían que contribuir al desarrollo del lenguaje eran las llamadas y las imitaciones.

En esencia todo el sistema de la llamada se basaba en un solo vocablo fonéticamente vocálico, acompañado a veces con aspiración o cierre vocal y con variaciones de tono, volumen y de vocal, repeticiones rítmicas, que en conjunto constituyeran su inflexión interna. Se usaba en multitud de situaciones para llamar la atención de los socios hacia el individuo mismo o

hacia objetos y problemas. Según el volumen y la cualidad vocálica, daba a entender la distancia a que se refería; según los matices de tono marcaba la urgencia del caso, y se distinguía entre el peligro y la oportunidad de gozar. De por sí la voz llamativa, pues, es todo un sistema de comunicación. Su base es la localización. Es decir, se interpreta la señal en primer término según el lugar desde donde se emite. A veces el individuo llama desde un lugar para señalar algo en la distancia. Entonces indica con los propios movimientos hacia dónde quiere atraer la atención. Puede precisar el sitio corriendo allá. Si está lejos, puede contar con que sus compañeros lo acompañen hasta acercarse. En algunas situaciones, inhibido el acercamiento, el volumen del grito marca la distancia. Cuando es peligroso emitir un sonido a voz plena, la cualidad de la vocal da un indicio aproximado de lo distante del objeto de referencia.

La primera función del grito llamativo es atraer la atención de los compañeros sobre el individuo. En este caso sirve de pronombre de primera persona. Otras veces se emite para hacer que el compañero preste atención a lo que se va a comunicar; así resulta ser de segunda persona. Si se refiere a otro individuo o objeto ajeno, es demostrativo.

Aunque la especie no tuviera más modo de comunicación que el llamativo, de todas maneras en eso mismo tendría un instrumento social de grandes posibilidades. Su empleo bien podría contribuir al desarrollo de su inteligencia. En el caso del ser humano, esto indudablemente tuvo lugar. Además fue ayudado por varios otros factores, la educación de la mano por la vida arbórea, el uso de objetos manipulados, el hábito de cargar la cría y de ahí la idea de transportar útiles y abastecimiento, la cacería y la protección mutuas. Además, teniendo tantas actividades capaces de educarlo, el hombre tuvo la suerte, en ciertos periodos de su historia, de enfrentarse a condiciones demasiado difíciles, que exigieron un avance violento en sus capacidades para que sobreviviera. Al desarrollarse el cerebro, nuestra especie pudo utilizar cada vez con mayor inteligencia y efectividad su sistema de señales llamativas. Sin embargo, no le bastaba eso, y se valió de los sonidos imitativos para completar su lenguaje.

La imitación era en un principio casual. Más tarde fue un juego que algunas veces se habría introducido en el parloteo.

Cobrando más inteligencia, el pre-hombre habrá llegado a bromear, asustando a sus compañeros con ciertos sonidos. Además, aprendió a utilizarlos en la cacería, como artificio para atraer otros animales o para asustarlos y confundirlos. Llegó el momento en que los gritos imitativos, rebajados en tono, fueron combinados con los demostrativos ya mencionados. Al principio no se formaban construcciones simples y lógicas como las del presente, sino que se manifestaba la combinación en una secuencia de sonidos hilvanados a la manera típica de los animales, quizá como *u u u ñeu ñeu ñeu u u u u u*, de lo que se desprendía que andaba allí un felino; decir sencillamente *u ñeu* o *ñeu u* era una sofisticación para un tiempo todavía muy lejano. El pre-hombre primitivo imitaba no sólo a los animales sino también el impacto de los objetos. Entonces, por ejemplo, *kuk kuk kuk* podía pasar de la imitación pasiva a la activa para decir "caen piedras" o para azuzar al compañero "pégale, pégale". Estos vocablos también se podían combinar con el demostrativo.

La inflexión intuitiva total se aumentó para admitir la vocálica y consonántica. Posteriormente se redondeó en un sistema convencional, depurado de ciertos rasgos, y se apartó del tipo espontáneo, el que siguió en uso propio. Es decir, los gritos intuitivos todavía se empleaban, como hasta hoy, pero ya quedaban relativamente separados del sistema convencional en formación. En éste, los matices marcados, del gruñido suave al rugido violento, fueron sustituidos por artificios que se podían enunciar en un nivel apropiado sólo para llegar al oyente. Los artificios que fueron adoptados se basaban en la modulación de los fonemas, tanto los vocálicos y glotáticos, que pertenecían al hombre por sus gritos emotivos, como los consonánticos, que adquirió principalmente por la imitación. La inflexión interna de la vocal pertenecía fundamentalmente a las llamadas, o sea al sistema demostrativo; las variaciones consonánticas se asociaban originalmente a las señales mayores que representaban objetos y acciones. En el desarrollo del lenguaje hubo una invasión bilateral; los matices de la vocal se empleaban para marcar a veces la forma, a veces la distancia del objeto; y las consonantes se insinuaron en el sistema demostrativo, primero en forma casual, constituyendo nada más una variación libre, pero más tarde adquirieron valores precisos. ¿Cuáles eran los primeros significados específicos de

los demostrativos formados a base de las consonantes?, por el momento no sabemos sugerirlos. Posiblemente cuando el lenguaje paleoglótico haya sido reconstruido con cierto detalle, tendremos algunas indicaciones precisas.

En cuanto al léxico de elementos mayores, como en los que enlistamos provisionalmente más arriba, se discierne en los significados más antiguos su relación con los sonidos naturales. Sin embargo, los usos figurados y transferidos constantemente han arrastrado los elementos llevándolos lejos de las ideas primitivas.

La creación del lenguaje no tuvo lugar en un solo momento, y nunca ha quedado fijado en determinado estado. Se trata de una interacción continua y mil veces repetida entre el lenguaje intuitivo y el convencional. Esta influencia mutua seguramente era más marcada en tiempos antiguos, pero ni hasta ahora ha dejado de fungir. La creación de elementos lingüísticos es todavía posible, aunque mayor importancia atañe ahora a la mezcla de las distintas lenguas. Este último factor es uno que no podía figurar en la misma forma en el amanecer del lenguaje, porque entonces el comportamiento vocal era esencialmente un mismo fenómeno para toda la prehumanidad.

Mucho se ha discutido en cuanto a la monogénesis o poligénesis del lenguaje, pero el planteamiento necesariamente ha reflejado el concepto incorrecto que se tenía del origen de este instrumento. Cuando se pensaba que sólo un invento podía haber dado origen al lenguaje, seguía lógicamente, que bien se podía haber ideado por distintos individuos en distintas partes del mundo. Sin embargo, vemos que este concepto es inadmisibile; el lenguaje convencional se formaba poco a poco sobre el cuerpo del intuitivo, mediante la paulatina convencionización. Esto se hizo a base de millones y millones de experiencias y actos individuales, algunos de los que se hicieron extensivos dentro de la banda a que pertenecían y, posteriormente, a otras bandas. En las primeras épocas el desarrollo del idioma era a modo de simbiosis entre la monogénesis del comportamiento en general y la poligénesis de innovaciones pequeñas. Quizá un millón de años más tarde se presentaban ya hablas regionales, todavía mutuamente inteligibles en gran parte, pero con rasgos ya individualizados. Estos

idiomas siguieron influyéndose mutuamente, fructificándose en su vocabulario y en sus inflexiones, proceso que hasta ahora no ha cesado, sino que al contrario, se ha hecho aún más importante.